Relatos del 2021

J.I Torres

Capítulo 1

I

El lugar era mágico y tenebroso. Desde lo alto de los techos acristalados se derramaba —más bien se imponía— una atmósfera predominantemente opresiva, espesa, que parecía reflejar con mesurada exactitud la depresiva actitud de su único ocupante, al punto que propiedad y propietario compartían rasgos y similitudes indudables. A saber: los ojos del viejo Nathaniel, como cuencas vacías e inhumanamente horrorosas, se asemejaban a las inertes y enmohecidas ventanas desprovistas de vida de la cabaña; y siendo estos de un color castaño se reproducían a lo largo y ancho de los tétricos muros en cuya superficie aparecían horribles y profundas fisuras que también se vislumbraban en el envejecido rostro del anciano. Su cuerpo, ciertamente esquelético, comprimía sus órganos demasiado grandes y cansados, de la misma forma en que la cabaña almacenaba toda clase de raros artefactos, distribuidos sin orden y en gran profusión.

—Por favor, pasen —. Susurró el viejo señor, visiblemente acomplejado por evidentes problemas de salud y levantando la mano pálida y enflaquecida remarcada de venas— Pasen, por favor.

En el acto nos sentimos sumamente sobrecogidos y absorbidos por la tétrica ambientación que parecía agobiarnos con la presión y la intensidad de una enfermedad desconocida; la pesadez que hegemonizaba en el interior, que hacia caminar al viejo con los hombros caídos, la mirada fija en la alfombra llena de polvo, muy pronto gobernó en todos nosotros.

De pronto nuestro anfitrión, al que pretendíamos contratar el servicio de hospedaje, se dio la vuelta veloz y bruscamente; de forma tan rápida que todos nos sorprendimos. Entonces levantó su mano izquierda, y adoptando una expresión severa y cruda se propuso hablar, pero de su boca no oímos más que unos grotescos e incomprensibles gruñidos.

—Señor... —. Preguntó Catalina al ver el horror en los ojos del viejo— ¿Se encuentra bien?

Por toda respuesta nos devolvió una mirada suplicante y comenzó a jadear con gran fuerza. Antes que nadie imaginara qué es lo que sucedería corrió como un enajenado hacia un anaquel cercano. Abrió un cajón, sacó una botella de su interior y se vertió más que bebió su contenido en toda la cabeza. Un líquido grasiento y viscoso, de color

negruzco, impregnó cada parte de su anatomía.

Nosotros habíamos quedado estupefactos, boquiabiertos, esforzándonos por comprender lo que estaba sucediendo. El ¿Qué? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Para qué? En el terminal nos habían advertido acerca del anciano y su reconocida y a veces hilarante excentricidad. "La única cabaña en las proximidades es la del viejo Nathaniel. No cobra mucho pero es la excentricidad y la rareza hecha persona" Mas cuando comenzó a quitarse la ropa y, completamente desnudo, se acercó a las chicas consideramos que debíamos largarnos de allí.

—¡Detente allí!—. Le dije, poniéndome enfrente de él y cubriendo a Catalina que, asqueada, se hizo a un lado tapándose la cara. Danilo se puso a mi lado. El viejo nos miró a ambos. Sus ojos brillaban con el inequívoco color de la lujuria.

—¡Usgh! ¡Usgh! ¡Ustedes!—. Balbuceó, levantando los brazos intentando hablar— ¡Ustedes! —Y calló. Quedó momentáneamente en silencio y pareció adormecerse. Sólo por un instante. Al momento siguiente se dio media vuelta, regresó a su gabinete y extrajo de él un enorme y filoso cuchillo.

Al ver esto, nos precipitamos aterrados a la salida. El viejo, en su intento por darnos alcance, había resbalado con el mismo líquido viscoso que empapaba su cuerpo. Oímos el golpe al hacer impacto contra el suelo. Apenas estuvimos afuera cerramos la puerta y la trancamos con unos pesados troncos de madera. Y a paso veloz y sin detenernos, tomamos el camino de vuelta a la carretera.

Capítulo 2

II

Coexisten en el universo inabarcable variedad de sensaciones y estímulos de toda clase; de todo tipo y color. Sin embargo, casi con toda seguridad aquellas engendradas en la ausencia de la luz serán con mucho las que despierten las impresiones más horribles, las más contradictorias y fulminantes. De esto no tengo ninguna duda. De otra manera ¿Por qué en la oscuridad se manifestarían las pesadillas más amargas, las más atroces e innombrables que hombres y mujeres han sufrido a lo largo y ancho de toda la existencia?

La razón de esta curiosa introducción se debe a que en una habitación oscura, solitaria, silenciosa, de largos y tétricos cortinajes que por el reducido ventanal caían en pliegues como cuerpos inertes y sin vida; la última en una vieja casa de dos pisos del periodo gótico ocurrió algo espantoso. Yo, encontrándome a merced de la opresiva y asfixiante oscuridad en el umbral, sin más compañía que mi propia consciencia sabía que era así. Pero no porque mis sentidos arrojasen información sobre esto. Tampoco que lo hubiesen corroborado. Yo sabía —sentía— que algo indescriptible, morboso, lo más perturbador e insólito reptaba, fluía sobre el viejo mobiliario, los anticuados instrumentos de cuerdas, los oscurecidos retratos y tapices que pendían inmóviles de las paredes. Algo había en aquella habitación. Algo innombrable. Y me encontraría de frente con ello cuando levantara mi mano y encendiera la luz.

No sé por qué razón resolví entrar, en lugar de encender la luz o marcharme; simplemente, como empujado por una fuerza desconocida penetré en el recinto antiguamente destinado a los huéspedes. Lenta, muy lentamente, tratándose de un universo no descubierto, sin respirar siquiera y sintiéndome forzosamente observado, invadido por una escalofriante sensación, entré y me dirigí hacia la ventana, sin mirar nada más que el recuadro de luz difusa y opalescente que tenuemente filtraba el reflejo exterior. Corrí las largas y moribundas cortinas y la abrí. Dejé que el fresco viento de la primavera y los oblicuos y profundos rayos de la luna ingresaran al interior.

Llené mis pulmones con el apaciguador aire de la temporada, y pausadamente me di la vuelta, estremecido de miedo, temblando, deseando no tener que volver a entrar nunca. Sobre la cama, dos ojos brillantes, malévolos; dos pequeñas y relucientes órbitas fijas en mí, reflejando la luna y sus demonios se encendieron y me hicieron gritar del

susto.

No me moví. No pude siquiera moverme. Estuve a punto de huir horrorizado de la aparición lanzándome por la ventana, cuando el inesperado ronroneo del gato de la casa, Rigo, rompió la profunda gravedad del ambiente y la inestable cordura de mi mente.

Con un suspiro inmenso y la liberación de la tensión por poco me desplomé. El gato bajó de la cama, se acercó a mí, me olfateó un instante y se propuso salir tranquilamente por la puerta. Yo me disponía a hacer lo mismo, cuando de pronto lo alcancé en el umbral y me envolvió la horrible sensación de ser nuevamente observado. Más fuerte y tenebrosa esta vez. Ya no era, en efecto, una consideración lejana ni una vil jugarreta de mi propia consciencia. Había dejado de ser una influencia perniciosa de la estrafalaria atmósfera de la alcoba. Agudizando el oído escuché una especie de denso, innominado e inefable gruñido.

Giré la cabeza consternado al poco de alcanzar el pomo de la puerta y el gato erizó el lomo. Miré hacia la cama, y en un sórdido mar de emociones palidecí como un muerto y me desmayé.

No recuerdo con exactitud qué fue lo que vi —o, mejor dicho, lo que me vio— aquella noche dentro de ese cuarto infernal al que ni por todo el dinero del mundo volvería a entrar. Solo recuerdo que había otro par de ojos grandes y brillantes, similares a los de Rigo, pero estos eran de un tamaño mayor. Mucho mayor. Monstruosamente mayor. Y no quiero ni pensar de qué se trataba, pues cuando la cama cedió haciéndose añicos ya me había desmayado del susto.

Capítulo 3

III

«Un espeso velo recubrió sus ojos verdeazulados. Se derramó sobre su mirada la impresión vaga de un horror latente y desconocido. Le otorgó un carácter melancólico, huidizo y variable. Observaba las cosas pero no las veía. Escuchaba lo que le decía pero no me oía. Algo había entrado en su mente. La sombra incierta de una enfermedad terrible. Y su cuerpo, poco a poco, también cedió a la misma silenciosa desesperación»

«En realidad fue algo devastador. Mientras estábamos hablando durante la noche, solos, bajo el suave resplandor de un pequeño conjunto de aromáticas velas e inciensos que ardían sobre la mesa de centro se desencadenó este incidente. De súbito, no obstante, en tanto la miraba fijamente se quedó inexplicablemente quieta, como una estatua de hielo, reclinada en el sofá con los dedos crispados, la boca tenebrosamente abierta y con los ojos perdidos en algún punto del techo. De su garganta escuché sonidos casi inaudibles, súplicas, murmullos. Y en tanto que el tiempo transcurría y sin saber qué decir fui sintiéndome morbosamente invadido por una atroz presencia»

«Sin saber muy bien qué hacer me levanté y fui hacia ella. Toqué sus brazos y su rostro. Luego fui al baño a buscar un poco de agua y aproveché de enjuagarme la cara. De alguna forma la pesadez que había invadido mi alma ya no podía soportarla. Me di cuenta, al mirarme al espejo, que mi propia mirada se había transformado. Mis ojos despedían un brillo inerte y vacío, como consumido en alguna especie de líquido mortal. Mi cuerpo a cada instante se hacía más pesado y denso. Volví sobre mis pasos con una potente sensación de mareo hacia la sala de estar, apoyándome precariamente de la pared. Cuando penetraba en la sala sentí como una masa invisible y abrumadoramente voluminosa me cayó encima, comprimió mi cuerpo entero y me sometió de bruces en el suelo»

«Traté de gritar, angustiado, al borde del terror más espantoso. Apenas podía comprender lo que ocurría. Alcé la mirada y me encontré con la expresión lánguida e inanimada de Alicia. Había muerto. Y no quedaba mucho tiempo para que yo también falleciera»

«Con toda la fuerza de mi voluntad, sintiendo sobre el cuerpo bajo aquella presión descomunal, giré y quedé boca arriba. El cielo se abrió se pronto. Se difuminó el espeso velo de mis ojos. Me desprendí de

las sábanas que tapaban mi rostro, y al incorporarme me encontré jadeando en mi habitación»

Capítulo 4

IV

«Eleuterio me observó como si tuviera algo muy importante que transmitirle. De sopetón, como intentando provocarme, me hizo una serie de morisquetas con la boca y me mostró la lengua, en un genuino e infantil intento por enfadarme»

—No lo conseguirás, pequeño petimetre. Ya no respondo ante esa clase de provocaciones.

«Guardó su lengua y se cruzó de brazos. Creí que hablaría. Sin embargo, se limitó a permanecer de pie, observando mis actos, en la pequeña salita que había diseñado para él»

—Podrías haber pensado en algo más bonito ¿No te parece? ¿Qué diablos son estas cosas?—. Y sacudió con fuerza de las hermosas cortinas de seda que había comprado en Verona hacía pocos meses— Esto no es de Verona.

Me sobresalté. ¿Cómo diablos había leído mi mente?

—¿Cómo supiste lo que...

—Te sorprende lo que hago... ¿Verdad?—. Y rio amarga y toscamente enseñándome sus amarillentos dientes de ratón— ¡Ja, ja, ja, ja!

—Óyeme, que esas me las compré cuando fui a Verona. Son auténticas. Es seda italiana de la mejor calidad.

«Eleuterio hizo un gesto de repulsión, y al momento le entraron ganas de estornudar. Me miró de forma desafiante y tomó un trozo de las cortinas. Luego de encontrar la costura le dio un brusco tirón y la rompió, procediendo a limpiarse los asquerosos mocos verdes que chorreaban de su nariz. Me exasperé»

—¿¡Pero qué diablos te pasa!? ¡Maldita sea hombre!—. Grité asqueado, al verlo dejar la cortina llena de secreciones— ¿¡Cómo te atreves!?

—Ejem. Soy una de tus creaciones. ¿Acaso ya se te olvidó? Fuiste tú el que me trajo aquí en primer lugar. Yo no te lo pedí. No tengo la culpa de estar enfermo y que tuviese estas cortinas tan suaves para

usarlas como pañuelo.

Respiré profundo, fastidiado. Tenía razón.

—Podrías haber pensado un poco las cosas. Podrías haberme pedido una toalla higiénica o un pañuelo desechable.

—Sí. Podría...Y tú también podrías pensar un poco más y ponerme por aquí una silla o un sillón para sentarme. Me duelen las piernas y el creador ni se inmuta por el bienestar de su creación—. Me dijo en un tono insoportablemente burlón.

Dios santo...

Capítulo 5

V

Estoy intentando entrar en ello, en la caída precoz del espíritu ante una experiencia catastróficamente horrorosa. ¿Quién podría imaginar que nuestras pasiones, antes de darnos el grado último de deleite, nos entregarían a la ruina? ¿Será este el quid del asunto, el núcleo que nos hace recapacitar antes de ver satisfechos nuestros hambrientos deseos corporales e intelectuales? Los de la pasión, la pasión egoísta que, al momento de verse satisfecha, el tiempo ya la ha dejado atrás; y a través de ella comprobamos, con tristeza y amargura, el hondo vacío que nos envuelve de forma lenta pero inexorable.

Si mi discurso ha iniciado acerca de las pasiones, es debido a que he estado leyendo a Wilde. A nadie debería asombrar que, en este simple acto de alocución, me encuentre en uno de esos hermosos jardines ampliamente floreados, bellos, decorados con toda clase de fragantes flores, bajo la luz incierta de una luna llena; y la brisa que circula y que mece tan suavemente a las gardenias, los girasoles y las rosas me haga ver que, aunque mi pasión me haya llevado a la ruina, siempre podré observar la maravilla del paisaje celestial que me rodea.

Fue hace mucho tiempo. He arrastrado estos recuerdos por años. En la lejana época de mi juventud y disponiendo de una fortuna nada desdeñable me entregué a uno de esos sórdidos, implacables matices de lo misterioso que conllevan todo lo relacionado al estudio de los temas místicos, de carácter ocultista, que las antiguas tradiciones orientales han vertido sobre esta área de occidente. A mis jóvenes 30 años, habiendo leído a Crowley por pura casualidad, y luego de haber quedado profundamente conmovido y fascinado con el tema, con el apasionado impulso de la intemperancia y el deseo de experimentar y conocer cosas nuevas me afilié a una pintoresca organización secreta —comúnmente conocida como secta— cuyo fin era, entre otras cosas, la desconocida revelación del papel humano en toda la creación del cosmos; el develamiento de sus raíces y el destino primigenio al cual todos de alguna u otra forma nos dirigimos.

Esta agrupación, emparentada con la lejana Golden Dawn de la que Crowley era miembro, mantenía indiscutibles semejanzas con los criterios iniciáticos del viejo alquimista inglés. No obstante, por razones de singular carácter había modificado sus metodologías de estudio. Si bien la misión fue siempre el autoconocimiento del ser humano, se valió de toda la cosmología local de esta área de Sudamérica para sentar las bases de lo que posteriormente denominaría “El verdadero sendero”. En este proceso,

me encontré con las enseñanzas y legados de antiguas tradiciones mayas, mapuches, incas y aztecas, entre otras tantas, generalmente del área sudamericana y mesoamericana. Sin embargo, cuando se me presentó la documentación sobre una cierta cultura que se creía extinta de indígenas ancestrales, que habían explorado el continente mucho antes de la llegada de Colón, de la caída del imperio romano; mucho antes incluso de la aparición de los primeros homínidos africanos se entenderá que mi asombro llegó hasta las nubes, para luego decaer hasta el más profundo de los infiernos. Como si trataran de someter a prueba mis nervios de miembro recién iniciado me encontré cara a cara con un individuo de esta cultura.

Esa noche yo estaba nervioso. Sumamente nervioso y tenso. Sólo en la fantasía y la ficción se conocen claros ejemplos de inmortalidad. Sin embargo... ¡Esto era estremecedoramente antinatural! El individuo que tuve ante mí se presentó con una larga túnica de felpa que cubría su cuerpo enteramente. La sala en donde fuimos convocados tenía sobre las oscuras y largas repisas velas con una luminiscencia extraordinariamente tenue. Más tarde supe que se debía a que su piel era demasiado sensible; para los años que su cuerpo tenia encima, necesitaba una dosis en extremo regulada de luz. La figura, alta pero espantosamente encorvada, comía muy poco, se desplazaba con enorme lentitud, y sus huesos parecían crujir a medida que movía su pesada y antiquísima humanidad. A su lado, vi a dos acompañantes de la organización sirviendo de soporte aunque, en realidad, el viejo ser no los necesitaba. Tomó asiento justo en frente de mí, en la larga mesa de ceremonias marcada con el archiconocido símbolo del pentagrama y un dibujo de formas helicoidales que recordaba vagamente la estructura del ADN.

Entonces oí su voz. Un ligero susurro, casi inexistente. Una voz cavernosa, áspera, que reflejaba años y años de una vida tortuosa y vacilante. Algo murmuró, algo que no pude entender y mucho menos recordar. Y de pronto, sin previo aviso, ante mi mirada estupefacta y llena de perplejidad se sacó la túnica que recubría su cabeza.

Creo que fue en este punto en que me volví loco. Lo vi un momento y ya no pude seguir viendo. Mi pulso se aceleró. Mi visión se nubló en un instante. Perdí el sentido y quedé inconsciente sobre el suelo.

Cuando desperté algunas horas después me hallaba en mi hogar. Por alguna razón que desconocía temblaba de miedo. Por alguna razón que desconocía y sin saber precisamente por qué. Entonces intenté recordar, y volví a temblar sin conocer el motivo. Se presentó un miembro de la secta al día siguiente. Me hizo saber que desde aquel momento ya no formaba parte de la organización. Me obligó a firmar y prometer que nunca en mi vida contaría lo que había visto, o bien, lo que pudiera recordar. No tuvo que insistirme demasiado pues afortunadamente mi memoria ha sido generosa y borró casi todo lo que sucedió esa noche;

aunque, a medida que pasa el tiempo he logrado recordar poco a poco ciertos elementos que me hacen estremecer aún más. No hace falta mencionar que ya no se trataba de una persona. Con toda seguridad los años hacen mutar, mutar horriblemente nuestros cuerpos; y puede que, con el tiempo, perdamos toda la similitud que un día nos hizo llamar seres humanos. Mi pasión me llevó a conocer cosas formidablemente monstruosas. Y temo que mi vida se prolongue más allá de lo estrictamente necesario. Cuando compruebe que mi piel empiece a resquebrajarse y cambiar de color, me volaré los sesos.

Capítulo 6

VI

El relato que a continuación pasó a transcribir es breve. Terriblemente breve para la naturaleza de los hechos que en él se describen. Su autor, un joven llamado Ebenezer H. lo escribió momentos antes de morir. Y si bien es cierto que este individuo padecía un tipo especial de demencia desde hace unos años, que se había intensificado en los últimos meses, estoy seguro que su muerte no se debió únicamente a un trastorno psiquiátrico. ¡Qué Dios me juzgue si me equivoco al declarar que sobre este pobre muchacho actuaron fuerzas, fuerzas siniestras y desconocidas que lo llevaron al límite de sus energías y a una muerte horrenda y espantosa!

(...)

Están aquí, a mi alrededor. No soy capaz de verlos, pero puedo sentirlos. Los siento claramente. Me basta cerrar mis ojos para que su presencia infernal me abrase, para que sus gélidos cantos endemoniados destrocen mis tímpanos con sus terribles alaridos.

Cuando leí el libro, ese despreciable libro de Clisaurus Barbatos, nunca llegué a creer que la simple lectura de las oraciones que contenían conjuros y fórmulas para invocar bestias de otros planos iban a dar resultado. ¡Dios mío! ¿¡Pero qué es lo que estaba pensando!? Mi gato los sintió primero. El pobrecito maulló una sola y única vez... Y explotó... ¡Sí! ¡Tan real como lo digo! ¡Explotó! ¡Estalló en mil pedazos! Sus órganos volaron por la habitación y una impresionante marca de sangre quedó estampada en la pared. Con los ojos llorosos recogí lo que quedó de su cadáver y lo enterré. Y cuando volví a mi casa supe que lo que había invocado no descansaría hasta ver devorado mi cuerpo.

Ahora, mientras escribo estas líneas, el fuego de la chimenea parece arder dentro de toda la habitación. Una sensación abominable me consume, como si las llamas se adhirieran a mi cuerpo. Me queman por dentro y por fuera. De mi mano, empuñada sobre la hoja, parece surgir alguna clase de humeante vapor. Creo que es todo. Se desplazan en el calor. Mi temperatura debe ser de más de 40º. Creo que voy a desmayarme. Morir sería mejor. Veo al demonio... Lo veo. Crece con el fuego y con el miedo. Estas son mis últimas palabras. ¡Dios! ¡Ten piedad de mí!

Capítulo 7

VII

El ladrido de un perro lejano, tras el conglomerado de casas decrépitas y austeras, un poco decaídas e inclinadas por la estrecha pendiente que conduce a lo largo de la calle San Francisco de Asís, distrajo por un momento mi atención. Seguí por esta senda e intenté visualizarla. La escena de una casa gris, inhóspita, solitaria, de abandonado aspecto exudando el hedor miásmico que deja el tiempo y la humedad en las paredes, y un perro famélico y arisco ladrando a los pocos transeúntes que entran o salen del pasaje.

Ignorando la procedencia que guía los movimientos de mi cuerpo, dejo de escribir. Me cambio de ropa. Tomo las llaves y un plato con abundante pasta y salgo de mi casa. Un helicóptero cruza el cielo en lo alto. Algunas torcazas y zorzales trinan suavemente. El sol me ilumina de frente y el viento por poco me arranca el sombrero.

Siguiendo las corazonadas y el instinto camino por la calle San Francisco y dejó atrás casas y pasajes. Los ladridos de otros canes se multiplican en tanto me adentro más y más en aquel sórdido barrio. Al fin, luego de unos cuantos minutos y kilómetros recorridos, guiado por una presencia inefable vislumbro la extraña, ruinosa y grisácea casa cuya opresiva y angustiante atmósfera oprime inevitablemente mi corazón.

Su aspecto abandonado es desolador. En el jardín, cruzando una reja deshecha y oxidada, sobre la tierra parda y estéril encuentro al viejo perro famélico observándome con penetrantes ojos negros. Sin sentirme intimidado o agobiado avanzo con decisión. Introduzco mi brazo por los barrotes y dejó el plato sobre la tierra.

El perro, aun viéndome con desconfianza y suspicacia, poco a poco deja de ladrar. Una vez que retrocedí se acercó interesando a olfatear la comida. Solo unos minutos bastaron para que hubiese acabado la enorme porción de tallarines. Entonces, levantando la cabeza, posó en mí sus ojos profundos y sinceros, ofreciéndome su agradecimiento y moviéndome la cola. Me sentí tentado a acercarme y acariciarlo, pero un instinto superior me aconsejó prudencia. Al día siguiente repetí el proceso, y me aseguré de llevar una fuente y una pequeña botella con agua.

Un día, sin embargo, luego de llegar a la casa abandonada me encontré con un individuo en la entrada de la casa adyacente. Me había visto durante las dos semanas involucrado en mi objetivo de alimentar al perro. “Lléveselo no más, amigo—Me dijo—. Nunca había visto a Patricio tan contento desde que murió su dueño hace unas semanas. Se suponía que un sobrino suyo vendría a alimentarlo una vez al día. Y cuando lo vi

pensé que era usted. Pero al ver que no entraba a la casa y simplemente se marchaba luego de dejar la comida tuve mis dudas”

El hombre me entregó las llaves de la casa. Abrí la puerta y Patricio, a pesar de sus años y sus blancas canas en el pelaje de su rostro por poco me saltó encima. Conmovido, regresé al vecino las llaves. Él se encargaría de comunicar al sobrino el asunto. Por mi parte acaricié por vez primera al perro, y sentí en aquel momento la pintoresca sensación que se experimenta al encontrarse con un amigo querido luego de muchos años de separación.

No hizo falta que lo invitara a seguirme. Tan pronto volvía sobre mis pasos por la ruta frecuente, Patricio se ubicó a mi lado, y allí se quedó hasta que llegamos a su nuevo hogar, a nuestro hogar.

Capítulo 8